

PENÍNSULA

Josep Prat

Los herederos del opio

La vida en las remotas aldeas de Indochina



Los herederos del opio

Josep Prat

La vida en las remotas aldeas de Indochina

© Josep Prat Viñolas, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2021

Mapa: Álvaro Merino
Ilustraciones: Kabao Lor
Prólogo: Plàcid Garcia-Planas

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA- fotocomposición
Depósito legal: B. 894-2021
ISBN: 978-84-9942-956-4

ÍNDICE

Prólogo de Plàcid Garcia-Planas	15
Introducción	19

LAOS

LUANG PRABANG	25
Marco Polos de flotador	25
La París asiática	27
La fe del <i>flash</i>	32
El juego de Buda	37
LUANG NAMTHA	41
Sonidos de serpiente	41
Opresión y caucho	46
Whisky del Edén	58
Frigoríficos y pesticidas	63
Un castigo mágico	67
XIENG KHOUANG	71
De camino al infierno	71
Sembrados de bombas	79

Selfi, cigarrillo, bum	85
Hijos de la guerra	86
Los últimos de la selva	91
Los rendidos	100
Cañones en el gulag	113
Vidas en diáspora	117
Desertores en Tierra Santa	126
Semillas y poder	137
VIENTIÁN	145
Héroes de sangre	145
Patria de papel	158
Obsesión blanca	162
CAMBOYA	
Narcotraficantes y revolucionarios	169
Éxodo y Burger King	175
La cámara que se volvió en contra de los verdugos	178
La joya del exilio	182
El paraíso de los bárbaros	185
Aromas de colonia	189
VIETNAM	
SAIGÓN	197
Ho Chi Minh se viste de Chanel	197
HANÓI	202
Clandestinidad y disidencia	202

HA GIANG	207
La «Carretera de la Felicidad»	207
Electricidad y cannabis	210
Comunistas en el reino	215
El ocaso de las amapolas	220
Invisibles	226
Una baraja de martillo y hoz	229
El bastión de las vidas arrebatadas	234
La onda de Dios	239
La última confesión	242
DIEN BIEN	251
La cruz de los hmong	251
La rebelión de los cruzados	259
El hijo del francés	267
LAO CAI	273
La cafetería de los condones	273
La jaula china	279
Agradecimientos	285

LUANG PRABANG

MARCO POLOS DE FLOTADOR

Viajar no es desplazar el cuerpo. «Viajar es contemplación, que es un impulso emotivo», dijo un aristócrata que acompañaba a Agustí Calvet (Gaziel) mientras conducían hacia el norte de Francia en plena Primera Guerra Mundial. En el Sudeste Asiático el colectivo de «trasladados» abunda entre los jóvenes europeos, mayormente alemanes u holandeses, que se toman el tradicional año sabático antes de empezar la universidad. En contadas ocasiones, con la esperanza de que en un momento de lucidez descubran el auténtico sentido de viajar —o quizá es solo el mío—, entablo conversación con ellos.

Pronto confirmo que entre la adolescencia y el supuesto inicio de la madurez aprovechar el tiempo es sinónimo de beberse hasta el agua de los floreros. Sin normas, lejos de casa, con dinero y con miles como ellos dispuestos a organizar los desmadres de sus vidas, estos viajes son la válvula de escape ante la presión del inicio de lo que con un amigo definimos como «vida plana», es decir, socialmente marcada: un ciclo que pasa por estudiar una carrera, formar una familia, comprarse un coche e hipotecarse para siempre con un bonito piso en las afueras.

En el exterior de la cabina del *slow boat* que me lleva de la población fronteriza de Huay Xai hasta Luang Prabang, unos holandeses beben ron con cola. La alargada barcaza de madera solo está sellada en sus dos extremos; el resto está protegido por una simple barandilla que dibuja una incesante ventana abierta a las aldeas que bordean las aguas del Mekong, a vidas de subsistencia basadas en la pesca fluvial y los arrozales.

El grupo, de al menos cinco personas, está recostado en los tablones de la cubierta, un espacio diminuto tras la cristalera del capitán. Desde ese punto el paisaje es tan increíble que nubla la vista. Pero ellos se han puesto en círculo, como los críos que van de excursión con la escuela, y beben ensimismados. Allí, el monótono ruido del motor se desvanece y da paso al suave rugido de la brisa y el crujir de las olas. Desvío con dificultad la vista hacia ellos, mostrando una mirada falsamente cómplice.

—¿Habéis ido al norte?

—No, ¿qué hay? —responde un chico sin una pizca de curiosidad. Su mirada es helada.

—Aldeas tribales maravillosas —explico, intentando redirigir la conversación—. ¿Qué planes tenéis?

—Vamos a Vang Vieng. ¿Sabes que vas con un flotador y te pescan para darte de beber gratis? —asegura una de las chicas, de pelo dorado. Ahora sus ojos ya no destilan pasividad, sino que brillan con la molécula de agua de la emoción que a mí solo me despierta un lugar extraño y desconocido.

Vang Vieng es un paraíso natural venido a menos. Frecuentado en sus inicios por su atractivo natural de montañas kársticas y lagunas misteriosas de aguas turquesas, desde hace década y media se ha popularizado por el *tubing*, una práctica que consiste en subirse a un flotador, o un kayak en su defecto, y dejarse llevar por la corriente del río Nam Song, esperando ser pescado por alguno de los bares que abarrotan la orilla. Un

poco más al sur de donde en 1278 Marco Polo presuntamente navegó en travesía hacia Bengala, unos holandeses se preocupan ahora por los chupitos gratis de una macrofiesta fluvial. Del más grande mercader que dio Europa, que abrió las puertas comerciales con Asia, a unos borrachos incapaces de negociar en el embarcadero el precio de una botella.

En los garitos de Vang Vieng se mueve tanta droga que cada año deja unos cuantos muertos. Unos días antes, un belga que conocí en Luang Namtha me enseñó una publicación en Facebook que iba acompañada de la foto de un amigo suyo. Llevaba el pelo largo, unos tirantes que dejaban entrever un cuerpo musculoso y una gorra deportiva echada para atrás. Su familia anunciaba su deceso. Su fiesta se había acabado precisamente en Vang Vieng, y ahora otros iban a empezarla. Lejos de la realidad del país, lejos de las fascinantes vidas de las etnias que componen alrededor de la mitad de la población de Laos. Son Marco Polos de flotador.

LA PARÍS ASIÁTICA

Los franceses aseguran que fueron ellos quienes devolvieron el aura a la capital del que un día fue el Reino de Luang Prabang, que debe su nombre al Phra Bang, la imagen budista más sagrada de Laos. Territorio asediado por incursores extranjeros, un cúmulo de invasiones a finales del siglo XVIII por parte del Reino de Vientián, entonces una entidad separada, lo llevó a un largo periodo de declive que solo salvó la pasión gala.

Tuvieron que pasar algunos años hasta que, en 1907, la administración colonial pusiera en marcha un ambicioso plan de reforma arquitectónica de esa ciudad en ruinas, que entonces llamaban «la tierra de los comedores de loto», es decir, de los perezosos. Los edificios que construyeron no emulaban la

fisonomía europea, sino que se adaptaron a las condiciones climatológicas, incorporando largos pasillos para que corriese el aire.

Durante la ocupación francesa de Laos, entre 1893 y 1954, Luang Prabang fue tratada como un protectorado, y su monarca tuvo una función testimonial. Para él levantaron una peculiar estructura híbrida en cuya entrada dibujaron un elefante de tres cabezas que era el símbolo de la unión de los tres reinos históricos de Laos. Ahora la casa se ha convertido en un museo, pero no hay ninguna placa que recuerde que el Pathet Lao —la insurgencia comunista que tomó el poder en 1975— mandó a los sangre azul a los campos de reeducación, donde murieron supuestamente de malaria.

Los comunistas han permitido que Luang Prabang mantenga una esencia de paraíso moteado de templos dorados y cafés parisinos, de cruasanes y *café au lait* por la mañana y de ternera con jengibre y tamarindo por la tarde. El culto ancestral lao no ha suplantado el orden y la belleza inspiradas por Gustave Eiffel. Los dos mundos conviven sin rencor aparente. Pero la ciudad olvida a los otros 49 grupos étnicos que también componen el país. Los lao, que representan a la mitad de la población, retienen todo el poder político, económico y cultural. La arquitectura y el arte de etnias como los hmong, que suponen una décima parte de los habitantes, quedan relegados a las áreas rurales.

Después de un día agotador en las cataratas de Kuang Si me adentro en la orilla de arena que rebaña el río Mekong para descifrar la vida de los más humildes. Decenas de monjes se han citado para observar la puesta de sol, que extiende una alfombra blanquecina en la superficie del río. Los más jóvenes se divierten intentando que reboten piedras planas, lo que da lugar a una entretenida competición. En el agua, las barcas azuladas de los pescadores se pasean como gondoleros venecianos, lanzando y recogiendo extensas redes de cuerdas.

—¿Habéis pescado algo? —pregunto a dos pobres hombres que acaban de sortear con dificultad un par de rocas.

Hunden los hombros, tímidos. No ha habido suerte hoy. La pesca es, desde hace siglos, una de las actividades económicas principales en los casi dos mil kilómetros que recorre el Mekong en Laos. Sin embargo, esta forma de vida está ahora amenazada por la creciente industria de la energía hidroeléctrica, por la que se han construido presas y que ha hecho disminuir la cantidad de peces del río. Me pregunto si estos hombres son víctimas de esta era o de su escasa habilidad.

Cuando el cielo oscurece y solo las tenues luces de un puente de bambú iluminan los granos de arena su embarcación se pierde río abajo, quizá para amarrar en alguna aldea pesquera remota. Será una noche de arroz. Desolado, subo las empinadas escaleras que llevan a la calle y camino hasta el mercado nocturno. Voy lento, observando detenidamente muros flanqueados por dragones inmóviles. En la calle Sisavang Vong —rey de Laos entre 1946 y 1959—, fundida en un mar de carpas rojas y azules, reina la paz. El gentío pasea en silencio, observando detenidamente las prendas y los objetos más variopintos que uno pueda imaginar, expuestos cuidadosamente en percheros o grandes manteles coloreados. Los más admirados, a la par que menos comprados, son los recipientes de cristal. Son brebajes alcohólicos locales en los que flotan desde escorpiones hasta pequeñas serpientes.

—¿Quieres probarlo gratis? —me ofrece una mujer.

Tiene una gran mata de pelo recogido en una coleta y las mejillas sonrosadas. Sujeta un vaso de chupito en la mano, señalando las tres graduaciones distintas posibles. Una vez entras en el juego es difícil escapar.

El regateo es más sencillo aquí en la gran ciudad que en los solitarios tenderetes de las entradas de parques turísticos como las cataratas de Kuang Si, donde un comerciante raso me re-

prochó mi poca vergüenza por intentar rebajarle el precio de una camisa bordada con elefantes. «Esto ha pasado por muchos tuk tuk», aseveró, en una frase sorprendentemente profunda, porque resume a la perfección la situación económica del país. En Laos, salvo los plátanos y algunas especias, prácticamente todo lo que se vende es importado de otros países como Tailandia.

Al margen del mercado principal, en un estrecho callejón inmiscuido entre dos edificios brota una hilera de puestecillos de comida. El humo de las parrillas, cubiertas de brochetas de pollo, ternera y cerdo, carga aún más el ambiente, ya caluroso de por sí. Multitud de grandes platos, de medio metro de diámetro, ofrecen aceitosas berenjenas fritas, pasta y *noodles* con verduras o tofu. Son algunas de las opciones del bufet libre vegetariano, a 10.000 kips (1,25 euros) por bol. El popurrí resultante, cuyo rebosamiento marca la cantidad límite, puede hacer enfermar a cualquier estómago sensible.

A media comida se desata una brisa frenética y perfumada. La tormenta monzónica, implacable, llena los tejados de agua y las primeras gotas empiezan a filtrarse entre las rendijas de las placas de aluminio, soltando un zumbido al entrar en contacto con las brasas y empañando de vapor los rostros de los chefs. Me acurruco entre dos fugas de agua mientras el fuerte viento se lleva por delante utensilios de cocina y platos... Los delantales coloridos vuelan como cometas, para luego aterrizar encima de los cubos sucios que, ahora ya sin discreción, los camareros utilizan para recoger las decenas de pinchos de carne y pescado que rebosan las parrillas y mesas. Son pocos los que se dignan a meterlos primero en bolsas de plástico para mantener cierta higiene.

—*Run, run.* Corred, corred —grita sonriente la dependienta del puesto de crepes, cargada con decenas de botes de crema de cacao.

El lugar queda rápidamente desolado y vuelvo al hostel decadente y carcomido por la humedad pero ciertamente céntrico en el que me hospedo. Incluso en la oscuridad se intuye cómo el blanco virgen de la fachada ha ido degradando hacia tonos más amarillentos con los años, rotos, eso sí, por el oscúrrimo marrón café de sus robustos postigos. El Mixay forma parte de una estructura de casas adosadas, separadas tan solo territorialmente por los cachivaches acumulados en el exterior, tales como cajas o estanterías, o los enormes carteles publicitarios que cuelgan de sus repisas, que anuncian paquetes de viaje o recambios para moto.

El dueño, un tipo simpático, me ha ofrecido antes una habitación por un precio cinco veces menor que la media de la ciudad. Las puertas son tan sencillas que una simple patada las podría echar abajo. El interior es todavía más lúgubre. La mugre que cubre las aspas del ventilador colgante, situado justo encima de las sábanas, ha ennegrecido las cortinas de rayas. Intuyo que originalmente debieron tener un color amarillento. En conjunto es lo que los viajeros denominan popularmente un «zulo». Y es precisamente lo que buscaba.

Francis Engelmann, mánager de la Maison du Patrimoine, la entidad que se encarga de preservar la arquitectura de la ciudad gestionando el patrimonio reconocido por la Unesco, confesó al periodista norteamericano Michael Meyer que la madera en la estructura de las casas está mal vista desde la época de la colonización francesa. «Tienes que entender el terrible sentimiento de inferioridad que sienten los pobres. Su único deseo es parecer modernos», le espetó. Mientras intento conciliar el sueño pienso que en esta humilde morada sí podrían vivir los pescadores del Mekong y la mujer que me ha intentado emborrachar en el mercado nocturno. O los hmong que habitan en chabolas remotas en las profundidades de la selva. Esta realidad también debería ser patrimonio de Laos.

LA FE DEL *FLASH*

El ruido estremecedor del despertador impacta en mi tímpano a las cuatro de la mañana. No hay tiempo para divagaciones. Por un instante lanzo una mirada desafiante a las mosquiteras de las ventanas a las que los malditos geckos —unos pequeños reptiles ruidosos— se han amarrado toda la noche para entonar sus serenatas. El cielo está oscuro y las calles de Luang Prabang esperan a quienes madrugan. La ciudad todavía duerme plácidamente mientras los templos budistas lanzan los primeros sollozos. De las entrañas de más de una treintena asoman las primeras túnicas naranja butano.

El Tak Bat es el ritual diario de las ofrendas, que arranca al son de los tambores. Desde que el budismo llegó a Laos en el siglo xiv, los monjes han salido diariamente a las calles para recoger las limosnas de los fieles. Los creyentes, arrodillados, llenan las urnas metálicas de pegajosas bolas de arroz o pedazos de fruta, viendo en el gesto una ayuda para la llegada al nirvana. Solo durante el año posterior a la toma del país por el Pathet Lao —que paradójicamente se había servido de los discípulos del budismo durante la guerra civil—, las ofrendas y otras prácticas religiosas fueron interrumpidas por ser consideradas un gasto «innecesario». La presión popular obligó a Vientián a rebajar la rigidez política. El Gobierno dejó que los fieles pudieran ofrecer primero arroz y, con los años, se abrió la puerta a una liberalización general que incrementó progresivamente el número de monjes. Pero tuvo trampa. En marzo de 1979, el depuesto patriarca del budismo en Laos, Thammayano, aseguró a *The New York Times* que los jefes locales estaban presionando a los jóvenes para que se olvidasen de la vida contemplativa y denunció un desabastecimiento generalizado de las comunidades monásticas por la situación económica del país. La supuesta apertura se había localizado única-

mente en las grandes ciudades y bajo una estricta influencia política.

Lo más curioso de todo es que del resto de las creencias las autoridades ni siquiera han intentado aprovecharse. En un país en el que solo dos tercios de la población —mayoritariamente de la etnia lao— se identifican con los preceptos del budismo, los elementos animistas de etnias como los khmu o los hmong han sido purgados de la sociedad como se purga a los que disienten del régimen.

Mientras observo el melódico tintineo de las ofrendas budistas me doy cuenta de que en este enclave céntrico de Luang Prabang los paisanos casi han desaparecido. La oleada turística ha convertido la ceremonia en un puro espectáculo mediático. Los *flashes* de las cámaras se estampan en los rostros apesadumbrados de los monjes, levantando reproches entre los más espiritualistas. Una mujer estadounidense, con un aparente desequilibrio mental, alecciona a los presentes con insultos. No hay conexión con la fe, solo con el *flash*.

Cuando los monjes vuelven a encerrarse en sus celdas observo cómo las callejuelas adyacentes se desdobl原因an de la avenida principal entre infinitos muros blancos; una red capilar parecida a los afluentes de un caudaloso río. El crepúsculo matutino y la humareda de fogones de los puestos de comida caliente recién instalados confunden los rostros de los transeúntes, sumiéndolos en un ambiente casi fantasmagórico. Las motocicletas los esquivan hábilmente con un culebreo y desaparecen en la bruma. Mujeres y ancianas manosean las frutas y verduras de los manteles de los vendedores ambulantes, amontonadas en pequeñas e inestables pirámides. Las balancean entre sus mugrosas manos y lanzan con descaro un precio al aire. Si no es aceptado, devuelven una mirada de desprecio y siguen su camino.

La planicie de la ciudad invita a recorrer sus calles de punta a punta. Una creciente cadena de hostales y negocios le ha

puesto dos ruedas a la idea, seduciendo al occidental con la suave brisa del transitar, que ahuyenta levemente la insoportable humedad que cala en el ambiente. Las bicicletas, de estructura ligera y cesto colgante, se acumulan paralelas en las aceras en anclajes de hierro o sostenidas por un finísimo caballete; un solo soplo podría derribarlas.

La intemperie y el paso del tiempo ha hecho mella en su estado, y se encuentran descoloridas, llenas de rasguños y con los cables de los frenos despellejados de tanto rozar con los neumáticos. Los dueños consiguen por ellas un pasaporte a modo de fianza, que sirve luego para una eventual extorsión en la que la devolución del documento va estrictamente ligada al pago de una suma astronómica de dinero. Cualquier propuesta de esfuerzo económico que suplante dejar el pasaporte es inmediatamente rechazada. Uno empieza a pedalear dejando todo a la suerte y a una cierta experiencia de espíritu peleón; una actitud ante la altivez que se forja día a día en los hostales, restaurantes, estaciones de bus y puestos fronterizos, los emplazamientos por naturaleza de la industria turística nacional.

Alquilo una bicicleta en una barraca de madera situada en el lateral izquierdo de un sombrío patio delantero. La caseta ejerce de recepción del hostel en una callejuela que desemboca en la avenida del Mekong. Alrededor, la vegetación se limita a algunas copas de árboles que asoman desde la parte trasera de las viviendas. Delante están revestidas de lonas publicitarias, que confieren una gran vitalidad a la vía. Las furgonetas circulan casi limándose unas con otras y esquivando a los ciclistas desorientados que, como yo, van dando bandazos según las vistas.

A un par de kilómetros, un portentoso mercado capta mi atención. Freno la bici en seco, en el estrecho espacio de arena que separa el asfalto de los porches de los locales. Abandono la bicicleta en un drenaje lateral de la carretera que limita con

los muros del aparcamiento del centro comercial. La parcela comercial se divide en dos grandes complejos: uno de una sola planta alargada, rectangular, y otro de dos pisos, de tejados inclinados, al cual se accede mediante unas modernas escaleras mecánicas. El segundo tiene pequeños negocios de joyería y relojería por los que se pasea tranquilamente, sin prisas. Nada permite intuir el alboroto de dos pisos más abajo: en el subterráneo que conecta ambos edificios hay centenares de barracas colonizando el suelo encharcado. Es como una gran colmenera.

En un extremo de las instalaciones, la carne desprende un hedor asfixiante. Las piezas, expuestas en largos tablones de madera, se han deteriorado desde su rojo original hasta tonos más pálidos y secos. Los pasillos, largos y estrechos, se cortan incesantemente unos con otros, con montones de sacos apilados y boles de especias: tamarindo, hierba limón o chili. Pero como ya es mediodía el mercado ha perdido el encanto del despertar.

Por las mañanas los mercados se convierten en el punto neurálgico de la ciudad. Como si también fueran un ritual religioso. Amas de casa, cocineros y hosteleros se dan cita en ellos, en medio de una terrible algarabía. Es una suerte de *carpe diem* alimentario que permite a la muchedumbre disponer de un producto fresco, variado y todavía comestible. No son muchas las humildes moradas del país que disponen de electrodomésticos donde conservar el alimento, de modo que normalmente el producto se compra y se cocina casi inmediatamente, como en los puestos de comida callejera. Así, con frecuencia, las indigestiones de intrépidos viajeros se gestan más en la retaguardia cochambrosa de los restaurantes del centro que en las sartenes de los vendedores ambulantes.

Embriagado del ambiente funesto que se respira, solo roto puntualmente por los colores gritones de los paquetes de go-

losinas que colonizan algunas barracas, me pierdo entre cajas de champús y cosméticos. Los dependientes los han despararrado por los pasillos, reduciendo a mínimos el espacio para los transeúntes. Alrededor de los tenderetes han construido auténticos muros abarrotados de producto, como si cada espacio vacío pudiera arrebatarnos un pedazo de vida. Encarcelados en esas estructuras claustrofóbicas con aspecto de celdas monásticas, algunos aprovechan para echar una siesta.

Al abandonar el mercado veo que en Luang Prabang la vida sigue fluyendo al ritmo frenético al que la empujan sus calles. Afortunadamente, mi bici permanece inmóvil en el vial de la carretera, magistralmente sostenida por el finísimo caballete de metal. A un par de minutos del mercado, según el mapa, se abre paso un sendero de tierra que llega hasta el modesto templo budista de Phra Bat Tai. Decido acercarme. La entrada es una estructura a tres alturas: los accesos laterales, más pequeños, tienen un arco a medio punto, y la puerta principal, más ancha, consta de una bóveda elíptica encima de la cual resaltan unas flores de loto bañadas en doradísimo oro, símbolo budista de la pureza del cuerpo y el alma.

En el patio, bordeando las paredes, se acumulan montones de escombros de lodo y polvo que en su día fueron decadentes paredes agrietadas y empalidecidas por la furia solar. Algunos monjes reparan paulatinamente los cachos de pintura que han ido desconchándose, otros transportan escombros de arriba abajo. Todo en comedido silencio, bajo la atenta mirada de las torres que se erigen en el sagrado espacio.

Dentro, Buda se hace presente en estatuillas doradas, blancas y negras, de todos los tamaños. Los fieles se arrodillan ante él en las alfombras bordadas con flores, y las paredes laterales están pintadas con representaciones de la vida del asceta. El refugio espiritual de Phra Bat Tai transpira historia. Juntos, chinos y vietnamitas lo reformaron en 1950, cuando la Repú-

blica Popular de Mao Zedong se había constituido y reconocía la independencia de sus colegas de Hanói. El colonialismo occidental entraba en crisis entonces, y los sudasiáticos invocaban la unión para la victoria comunista en Laos. Religión y política. Y yo me tumbo en los mismos hierbajos secos que pisaron los hombres que reconstruyeron la fe y la esperanza en una Asia soberana y dictatorial.

EL JUEGO DE BUDA

Buda Gautama, más conocido como Buda, dijo una vez que «derrochar la riqueza a los dados lleva a la decadencia de uno mismo». Pero dos monjes, enfundados en sus túnicas naranja butano, se han abalanzado a un puesto de tiro al globo en las afueras de Luang Prabang y han empezado su proeza para conseguir algunos de los peluches de colores que se amontonan en la mesa azul que hace de escaparate y punto de tiro.

Las palabras de Gautama están recogidas en el Sutta Pitaka, también llamado «Canasta de los Discursos», que contiene más de diez mil discursos o *sutras*, ideas o conceptos tomados como verdades reveladas para incorporar al comportamiento. Quizá este juego no se limite al azar, pero estar inmerso en ese evento de feriantes no les allana precisamente el camino hacia la denominada «vida virtuosa».

Mientras sigo paseando por el complejo veo que tiene una curiosa estructura marketiniana, casi como la que utilizan las grandes superficies europeas para que te quedes atrapado en ellas. Chaquetas, abrigos, bragas, relojes, cachivaches tecnológicos..., uno tras otro. En este espacio de grandes carpas de plásticos azulados y tenderetes abarrotados de los más variopintos productos, la zona de juegos se concentra

apenas uno pone el pie en su interior. Decenas de ojos quedan absortos por el girar de las ruletas de cartón, los dardos tirados al aire y el movimiento de manos que coloca las fichas allí donde la intuición y la estrategia puede llegar. Las apuestas se hacen en un gran tablero blanco dividido en tres líneas: en la primera se puede apostar al cero; en la segunda, a números individuales hasta el nueve; y en la tercera, en grupos de tres. La dimensión visual de los números va ligada a la dificultad de la apuesta. Así, los individuales son casi invisibles y los que se juntan en grupos de tres aparecen en relieve y a lo grande.

La gente rodea el tablero sentada en pequeños taburetes de plástico. Quizá el «chute» es similar. En él hay desde menores de edad y mujeres en la sesentena hasta tipos que le echan una calada al cigarrillo y chicas que, molestas, apartan el humo de sus rostros con un lento ajeteo de manos. Otro, un hombre mayor de piel oscurecida, lleva el casco de moto puesto y fuma con una larga pipa, tosiendo a cada tiro. Cuando gana esboza media sonrisa y recoge el montón de billetes, que se ha multiplicado en un pispás. Si llega a aparecérselo Buda para advertirle de que la suerte está en la vida virtuosa y no en ganar apuestas, el hombre del casco lo hubiera echado al tablero también. En Vietnam justifican que la afición por el juego es la predisposición de las personas a aceptar su «destino». ¿Era este su destino? Cuando al final pierde repetidamente y acaba por abandonar, pienso que quizá esa aseveración le sirva de consuelo. Pero me callo.

A la vuelta hacia el centro quedo con unos amigos. Son las nueve de la noche y Luang Prabang se tiñe de una profunda oscuridad, solo rota brevemente por la luz tenue de alguna farola. Nuestras voces vivas, fuertes, resuenan en el silencio sepulcral en el que están sumidas las calles blancas. No hay nadie. O deben estar escondidos. En la pared de la entrada de

un garito cuelga un FAQS, un cuestionario de preguntas y respuestas en inglés, que reza: «Pásalo bien, pero modérate a partir de las diez. Esto no es Ibiza ni Vang Vieng».

El Lao Lao Garden es un bar cuidado, con una gran terraza a dos niveles plagada de robustas mesas de cerámica y algunas islas de cojines donde acomodarse y ver pasar (o beberse) las horas. Tiene pequeñas velas de cera blanca esparcidas alrededor de las mesas y una gran estrella iluminada encima de una barra americana, símbolo que también precede la entrada. Plantas frondosas cubren prácticamente todo el lugar, dándole un toque selvático, húmedo. El sitio es óptimo porque queda bajo el cobijo del monte Phousi, una pequeña colina en el centro de la ciudad coronada por un templo bañado en oro. La gente se enfrenta a los centenares de peldaños que hay que subir para llegar allí por las tardes, buscando contemplar el crepúsculo anaranjado del atardecer sobre las aguas del Mekong.

A medida que se acerca la medianoche, los camareros se inquietan y empiezan a recoger los vasos vacíos a toda prisa. La suave música que flotaba en el ambiente deja de sonar y se escuchan ahora los pasos acelerados y el tintineo del choque de cristales. Suena a final de fiesta.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—A las doce hay toque de queda —explica un camarero mientras se rasca la barbilla, nervioso.

Dicen que la norma está justificada por episodios puntuales de violencia, robos e incluso violaciones en las calles, y se aplica con mano dura, con penas de multa de hasta dos mil dólares, cárcel o pérdida de licencia. Pero nadie tiene una única respuesta. La otra versión, la que ofrece el Lao Lao Garden, es que sirve para mantener la tranquilidad y el caché que merece la ciudad por ser Patrimonio Mundial por la Unesco. Puro control social.

Aun así, en ese preciso instante, al borde de la medianoche, del conocido bar Utopia, un antro creado por y para occidentales al final de un camino laberíntico entre callejuelas, sale una ingente masa de borrachuzos que se niega a poner fin a la fiesta. Al fin y al cabo, en los locales de las afueras la prohibición no aplica. Y, perdida entre los cultivos, se alza una entrañable bolera, provista de cervezas y cubatas de ron. Los tuk tuk ya acechan, empotrados en fila india. «*Bowling?*»